

Isabel Ojeda

Texas Tech University

EN EL PAÍS DE LOS CIEGOS...

Era el orgullo de su padre. Omar había nacido regio.

—Más sano que un mastodonte, —decía Claudio con un ego que delataba el brillo de sus ojos. Aquel pequeño de piel blanca, de rubios cabellos y ojos pispiretos, apenas dio sus primeros pasos, cuando brindaba con cerveza al lado de su padre. Claudio acostumbraba a vaciar parte de su caguama en un tarro y otra parte en el biberón de su hijo.

—No más de cuatro onzas, que más le pueden hacer cruda, —replicaba el padre.

Se ganó a pulso el mote del Tecate. Con los años, al Tecate le costaba trabajo conciliar el sueño si no tomaba al acostarse, por lo menos un vaso de cerveza. Y su padre que nada le negaba, le daba el vaso a su hijo. Después de todo, era todo un machito.

—No más por hombre. Es re' machote mi'jo.-

Pobre de mi primo, decía yo cada que veía su rostro regordete.

—Me parece que es un alcohólico, mamá.

—Los niños no son alcohólicos, chamaca. A lo mucho medio borrachos, —aseguraba Porfiria.

Tecate creció siendo el orgullo de Claudio, su padre. —Muy jalador que me salió. A nada le saca—. Un día Omar se levantó convencido que con todos sus atributos podría probar fortuna en Estados Unidos y alcanzar el sueño americano. Toda la familia daba de aplausos y no hubo quién no cooperara para pagar al coyote, vamos, hasta yo contribuí. Nada estaba fuera de control, del otro lado lo esperaría otro de mis primos que ya tenía tiempo trabajando de mojado. —Él sabe bien cómo está allá el *bisnes*, —afirmaba mi primo, que sabía viajaría a lo seguro.

Omar salió de la ciudad un domingo de madrugada y supimos que llegó bien a la tierra prometida. No volvimos a verlo hasta dos años después. Su cara regordeta había enflacado, estaba lleno de tatuajes, ni sus párpados habían escapado a la exploración de la tinta. Pero regresó con hartos dólares. Finalmente, eso era lo que más importaba. Su padre no dejaba de hablar maravillas de su hijo. —Pos si tiene viejas, es por lo machote, salió igual que su apá—. Mientras la madre negaba todo aquello de lo que la gente “envidiosa” inventaba de él, —No, mi niño no es así.

En menos de dos meses encontró mujer. Se dedicó al *party* como él decía y entre parranda y parranda en menos de cuatro meses los dólares se le acabaron. Omar se convirtió en basura para las tapias. Olvidó que sería padre. Satisfacer sus “antojos” resultaba costoso y el trabajo no le era suficiente. Empezó a robar, primero a sus padres, después a su mujer. Continuó con la familia, después con los vecinos. Hasta que dejó de trabajar, porque robar era más lucrativo.

Ese día lo vi muy de mañana arrastrando un sanitario, que después supe había arrancado de la casa de su padre.

—Te lo vendo prima.

—Gracias, pero no.

—Ándale que necesito un baro.

Le sonreí y con mi mano le dije adiós. Continué en la limpieza de la casa. Y al poco rato olvidé lo sucedido. Por la noche, ya muy tarde, pasaron sus padres preguntando por él, yo les dije que lo había visto muy temprano, pero que ya no supe más. Lo buscaron toda la noche y en la madrugada mi papá me despertó.

—Hija, levántate, anoche mataron al Tecate, —me dijo.

El funeral se organizó de lo más rápido. La policía dijo que fue una sobredosis. Los malandros de la colonia daban otra versión. Y todos creíamos la de ellos. Tecate tenía únicamente diecisiete años y ya dejaba viuda a una niña de quince que lloraba al pie de su caja.

—¿Qué voy hacer sin ti? ¿Qué le diré a nuestro bebé?

Omar ya no podía responder. A su cuerpo flaco, ennegrecido, se le había escapado la vida. Sus manos huesudas dejaban ver los tatuajes “Creo en Dios” y “Por mi raza muero”. En sus párpados cerrados se leía “*live free*” y de ellos caían unas lágrimas tatuadas.

En el panteón los amigos juraron venganza. La joven embarazada se desmayaba constantemente. Había una madre sin consuelo y un padre ebrio gritando. —¡Mi muchacho, mi orgullo, ahí te alcanzo! —Mientras que un trío cantaba una canción:

“hijo mío pequeña rama de mi tronco bien nacido
eres la causa y la razón por la que vivo,
por ti se enciende el corazón y no hay vacío.
Hijo mío, eres la voz de mi interior
eres yo mismo, mi fiel reflejo,
mi verdad, por ti respiro...”

HIELO

Me hieres, me lastimas, y aun así te anhelo.

Te deslizas por mi brazo...

alcanzas el centro de mis pechos erizando lo blando de mi carne.

Reposas en mi ombligo, continúas tu camino,

y llegas al punto exacto donde mi humedad se confunde con la tuya.

Mi sangre hierve, el aire caliente sofoca mis sentidos,

y a pesar de que me quemas, solo tú puedes calmar en mí las calenturas.

Tu esencia suave se disipa entre mis manos

y contrasta con la dureza que disfruta mi lengua sostener.

Cuando mi deseo crece se convierte en obsesión y

te ansío igual en los veranos candentes que en los inviernos más crueles,

porque sé que tú, y solo tú, puedes apagar en mí el fuego y saciar la sed de mi cuerpo.

Mi locura se acrecienta al saberme tu dueña y creer que te tengo en la palma de mi mano,

y tan rápido como se esfuma un beso o se evapora un suspiro,

igual te desvaneces tú... huyendo entre mis dedos...

y que más se puede esperar, de un pequeño trocito de hielo.

ABYECCIÓN

Olvidé la palabra amor.
La excluí de mi diccionario retrogrado y obsoleto.
La descarté...
La incineré bajo el bermejo color del fuego.
Y de sus cenizas nació tu diáfana figura...
Mi pirámide inasequible con olor a soledad,
se dejó descubrir por tu sabio pincel buscador de sedimentos.
Transmutó la solidez de sus paredes en musgo húmedo.
Impregnada por tu fragancia humedeció cada una de mis grietas,
que después fueron poros vivos...
Aguas fluyeron de mi vientre embebecido.
Se llenaron los espacios olvidados.
Mi río ambicioso de tu barca,
reñía con la tempestad de mi torpeza.
No sé qué produce más dolor...
Sí mi pecado...
O que solo en mis sueños... éste en ti.

ÁMAME ASÍ

Ámame así,
sin los velos de mi cama,
con el brillo de tu negra pupila,
con el iris ámbar somnoliento
que descansa en tus párpados caídos.
Ámame así,
sin la pasión turbulenta de tus besos,
sin el titiriteo de tus manos en mis senos,
sin el zigzag que dibujan e interpretan
el incesante golpeteo de tu pecho.
Ámame así,
Sin tu cabello restregando mi entrepierna,
sin la garra de tu hombría al descubierto,
sin la sangre galopada en tus arterias
que estallan en gemidos fulguerosos.
Ámame así.
Como sabes amarme.
Con tu desgajado desasosiego,
con tus manos inquietas,
con tu rostro tibio de un juvenil rubor,
con tu luz y tu voz titubeante

que anegan mi imaginación.
Te amare así.
Como sé amarte,
acopiando memorias de tu calor,
con gemidos nocturnos que provoca
el ímpetu de tu cuerpo.
Tu cuerpo que ha morado en mí,
en mis nocturnos sueños.

EN PALACIO DE VERSALLES

Cito el maestro León Felipe:
Debí nacer en la entraña
de la estepa castellana,
y fui a nacer en un pueblo del que no recuerdo nada...
Pero yo, yo aún recuerdo mis andares, mi peregrinar por mis vidas.
Y de reina renací en mendiga y de mendiga regrese en clase media.
No he olvidado mis ayeres, cuando de sedas vestía,
cuando eran diez las doncellas que con sábanas mi piel cubrían
a la hora de ducharme, y de vestir mi ropón de lana ligera y fina.
Y después fui miserable, una loca sin medida,
que perdió sus facultades y cabeza en otra vida.
Inconsolables mis hambres y harapos sin adjetivos.
Quizás me estaban cobrando
los excesos y pecados de algún terrible pasado.
Hoy todo cuanto tengo debo, trabajo y mi casa es fiada,
vivo al día en mis quincenas y algunas hasta atrasada.
Pero al fin me han enseñado, que comerme lo ganado
son manjares de los dioses y de los de espíritu rico.
Aun así, yo nunca olvido, mi apellido no es Valles,
mi nombre es María Antonieta... y he vivido en Versalles.